

DÖRTE HANSEN

LA VIEJA TIERRA

Dos mujeres,
dos épocas, una antigua casa



MAEVA

La ambientación

Altes Land, «Tierra Vieja», es el nombre de una región alemana situada en el sureste de Hamburgo, junto al río Elba. Fue una zona colonizada por los holandeses en el siglo xii y, a causa de esa particularidad histórica, en la actualidad se continúa hablando allí una variedad dialectal muy característica, el bajo alemán. Se trata de una comarca conocida también por sus ríos, diques y canales, sus huertos frutales y sus viejas granjas. Precisamente una de esas granjas tradicionales constituye uno de los personajes centrales de esta novela.

1

Cerezos

Algunas noches, cuando la tormenta venía del oeste, la casa gemía como un barco zarandeado de un lado a otro por la mala mar. Las ráfagas de viento chirriante no dejaban de azotar sus viejos muros.

Así chillan las brujas cuando las quemán, pensaba Vera, o los niños cuando se pillan los dedos.

La casa gemía, sí, pero no llegaría a hundirse. Las enmarañadas cañas de su tejado seguían sujetas a la armadura con firmeza aunque entre ellas proliferasen nidos de musgo verde. Solo el caballete estaba algo hundido.

Al entramado de la fachada se le había desconchado la pintura, los montantes de roble tosco sobresalían de los muros como si fuesen huesos grisáceos. También la inscripción del frontón estaba desgastada, pero Vera sabía muy bien lo que decía: esta casa es mía y no lo es, quien tras mí venga lo dirá también.

Fue la primera frase en dialecto bajo alemán que aprendió al llegar de la mano de su madre a esa granja de la fértil región de Altes Land, a orillas del río Elba.

La segunda la oyó de boca de la propia Ida Eckhoff, y resultó ser un acertado aviso sobre los años que estaban por

venir: «¿Cuántos más de los vuestros van a llegar, sucios polacos?». A Ida se le había llenado la casa de refugiados y estaba harta.

Hildegard von Kamcke no tenía ningún talento para el victimismo. Con la cabeza piojosa bien alta y trescientos años de alcurnia de la Prusia Oriental encima, se instaló junto a su hija donde Ida Eckhoff le indicó que podían hospedarse: en el frío cuarto para el servicio que daba al gran vestíbulo.

Sentó a la niña en el colchón de paja, dejó su mochila y, con la voz tranquila y la correctísima articulación de una cantante de ópera, plantó cara a Ida: «Mi hija necesita algo de comer, por favor». E Ida Eckhoff, sexta generación de granjeros de Altes Land, viuda y madre de un soldado herido en el frente, contraatacó al instante: «¡Pues yo no la voy a dar *ná!*!».

Vera, que acababa de cumplir cinco años, se quedó tiritando de frío en el estrecho camastro. Los calcetines de lana mojados le picaban, la manga de su abrigo estaba empapada de los mocos que no dejaban de caerle de la nariz, y entonces vio cómo su madre se acercaba a Ida Eckhoff y, muy erguida, empezaba a entonar una cancioncilla de opereta con un delicado vibrato y una sonrisa burlona: «Y es que leer y escribir nunca fue lo mío / desde bien pequeña me ocupé de los gorrinos...».

Ida se quedó tan perpleja que no se movió del sitio hasta que llegó el estribillo. «Por eso en la vida mi meta / es el tocino, es la panceta», siguió cantando Hildegard von Kamcke, que tomó entonces impulso en su cuarto de refugiadas para hacer grandes gestos operísticos y no paró hasta mucho después de que Ida, temblando de rabia, se marchara a sentarse a la mesa de su cocina.

Cuando oscureció y la casa quedó en silencio, Hildegard cruzó a hurtadillas el vestíbulo para salir. Regresó con una manzana en cada bolsillo del abrigo y un tazón de leche, tibia aún de la ubre. Vera se la bebió toda, y luego su madre limpió el tazón con el dobladillo del abrigo y volvió a dejarlo en el

vestíbulo sin hacer ningún ruido antes de echarse junto a la niña en el colchón de paja.

Dos años después, y tras ser liberado de su cautiverio ruso, Karl Eckhoff regresó a casa con la pierna derecha más tiesa que un garrote y las mejillas tan hundidas como si se las chupara constantemente hacia dentro. Hildegard von Kamcke todavía tenía que robar la leche.

«Pues yo no la voy a dar *ná*.» Ida Eckhoff era una mujer de palabra, pero sabía muy bien que «cierta persona» se colaba todas las noches en su vaqueriza, así que en algún momento decidió dejar una jarra para la leche en el vestíbulo, junto al viejo tazón, no fuera a perderse la mitad de la producción durante los ordeños nocturnos. Por las noches ya nunca retiraba la llave del almacén de la fruta, y a veces le daba a la niña un huevo, sobre todo si había barrido el suelo con aquel escobón tan grande o le había cantado el himno de su Prusia Oriental, *Tierra de oscuros bosques*, mientras cortaban judías.

En julio, cuando las cerezas maduraron y en las granjas echaron mano de todos los niños para espantar a los estorninos que se lanzaban sobre los cerezos en bandadas gigantescas, también Vera recorrió las hileras de frutales como un monito de juguete con su tambor, aporreando una vieja cazuela con una cuchara de palo mientras cantaba a voz en grito y en interminable repetición todas las canciones que le había enseñado su madre. Solo se saltaba la del tocino.

Ida Eckhoff veía marchar a la niña entre los árboles una hora tras otra, hasta que el pelo oscuro se le pegaba a la cabeza en caracolillos mojados. A eso de mediodía, su rostro infantil se había puesto ya de un rojo subido. Vera iba más despacio y tropezaba de vez en cuando, pero no dejó de aporrear su

tambor ni de cantar, sino que siguió avanzando tambaleante como un soldado exhausto... hasta que se cayó de bruces sobre la hierba cortada de entre los cerezos.

El repentino silencio hizo que Ida aguzara los oídos. Salió corriendo a la gran puerta y vio a la niña desmayada entre los frutales. Sacudió la cabeza con disgusto, fue deprisa hacia allá, se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas y cargó con ella hasta el banco de madera pintado de blanco que había en la sombra del gran tilo, junto a la casa.

Ese banco era tabú para criados y refugiados. El que fuera el banco nupcial de Ida Eckhoff había acabado siendo su banco de viuda. Aparte de ella y de Karl, nadie tenía permiso para sentarse en él, y de repente estaba ocupado por una niña polaca con insolación que debía recuperar el conocimiento.

Karl salió entonces cojeando del cobertizo, pero Ida ya estaba en la bomba, llenando el cubo de agua fría. Agarró el trapo de cocina que siempre llevaba sobre el hombro, lo sumergió, lo dobló como si fuera una venda y lo apretó contra la frente de la pequeña. Después le levantó los pies descalzos y le colocó las piernas sobre el respaldo blanco.

Desde los cerezos llegaba el estruendo lejano de matracas de madera y tapas de cazuelas. En cambio allí, junto a la casa, de pronto se había hecho un silencio enorme y los primeros estorninos ya se atrevían a lanzarse de nuevo sobre los árboles. Entre las ramas se oían los susurros y los chasquidos que provocaban.

Antaño, Karl los había abatido de los árboles con su padre; juntos recorrían las hileras de cerezos con sus hondas y disparaban extasiados contra las bandadas negras. Después, al reunir los pajarillos caídos, recuperaban de golpe la sobriedad. Una gran embriaguez y luego ese miserable manojito de plumas.

Vera volvió en sí, sintió arcadas, giró la cabeza a un lado y vomitó sobre el banco nupcial blanco, debajo del majestuoso tilo de Ida Eckhoff. Al darse cuenta de lo que había hecho se estremeció con violencia y quiso levantarse de

golpe, pero el tilo empezó a dar vueltas sobre su cabeza, la alta copa con hojas en forma de corazón parecía bailar, y la mano ancha de Ida volvió a retenerla sobre el asiento.

Karl salió de la casa con una taza de leche y una rebanada de pan con mantequilla y se sentó en el banco junto a la niña, mientras Ida se hacía con la cuchara de palo y la cazuela abollada para ir a espantar a esos pájaros descarados que campaban a sus anchas en sus tierras y devoraban una fruta que no les correspondía.

Fue él quien le limpió la cara a la pequeña con el trapo de cocina mojado. Cuando Vera vio que Ida no estaba, se bebió de prisa la leche fría y se guardó el pan. Se puso de pie, hizo una reverencia vacilante y después avanzó descalza y a pasitos cortos por los adoquines calientes, con los brazos extendidos a los lados, como si caminara sobre una cuerda floja.

Karl la miró mientras regresaba a los cerezos.

Se encendió un cigarrillo, limpió el banco y tiró el trapo a la hierba. Después echó la cabeza hacia atrás, dio una buena calada e hizo unos bonitos aros de humo que flotaron hacia la copa del tilo.

Su madre seguía causando estragos con la vieja cazuela entre las hileras de frutales.

Como no repiques ese tambor con un poco más de calma, dentro de nada tú también acabarás tirada en la hierba con una insolación, pensó.

Entonces Ida regresó corriendo a la casa, sacó la escopeta y se puso a tirotear a la bandada de pájaros. No dejaría de disparar al cielo hasta darle al último de aquellos glotones de los cerezos, o por lo menos hasta espantarlos durante un buen rato. Y su hijo, que tenía dos brazos sanos y una pierna intacta, se quedó sentado en el banco, mirándola.

¡A Dios gracias que no le falta *nál*, había pensado Ida Eckhoff ocho semanas antes, al verlo acercarse cojeando por el

andén. Flaco lo había sido siempre, parecía cansado y arrastraba una pierna tras de sí, pero habría podido regresar mucho peor. A Friedrich Mohr le habían devuelto a su hijo sin brazos, así que estaba por ver lo que sería de su granja. Y Paul y Heinrich, los chicos de los Buhrfeindt, habían caído los dos. O sea que Ida podía estar contenta de que su único hijo hubiera regresado a casa en tan buen estado.

Y todo lo demás, los gritos por las noches y la cama mojada de algunas mañanas..., no era nada grave. Los nervios, decía el doctor Hauschildt. Pronto se arreglaría.

En septiembre, cuando maduraron las manzanas, Karl seguía sentado en el banco blanco de su madre, fumando. Hacía unos aros preciosos y redondísimos que subían hasta la copa dorada del tilo, y a la cabeza de la brigada de recolectores que trabajaban las hileras de manzanos cesto a cesto iba Hildegard von Kamcke. La mujer había comentado que en Prusia estaba acostumbrada a un campo muy diferente, e Ida había vuelto a sentir unas ganas enormes de echar en ese mismo instante de su granja a la polaca engreída. Pero no podía prescindir de ella. Aborrecía a más no poder a aquella mujer delgada que a primera hora de la mañana montaba en la bicicleta como si fuera un caballo de silla y llegaba hasta Melken con un porte impecable, que bregaba en los frutales hasta que había recogido la última manzana de los árboles, que en el establo blandía la horca como un hombre mientras cantaba arias de Mozart, aun sabiendo que con ello no impresionaba a las vacas.

Pero a Karl, en su banco, le encantaba. Y mucho.

E Ida, que no había llorado desde que su Friedrich apareciera sin vida, flotando como un tronco en la acequia hacía ya ocho años, se acercó a la ventana de la cocina y sollozó al ver a Karl sentado bajo el tilo, escuchándola embelesado.

«Si no sientes los anhelos del amor...», cantaba Hildegard von Kamcke interpretando *La flauta mágica*, y mientras tanto pensaba quizá en otro hombre muerto. También ella, como Ida, sabía que allí fuera, en el banco, ya no estaba sentado el mismo Karl al que su madre había esperado durante años.

Aquel Karl Eckhoff, el heredero de la granja, fuerte y lleno de ilusiones, se había quedado en la guerra; lo que le habían devuelto a Ida era un sustituto de cartón. Amable y extraño como un viajero de paso, su hijo se sentaba en el banco nupcial a lanzar aros de humo al cielo. Y, por las noches, gritaba.

Cuando llegó el invierno, Karl le construyó, sin dejar de silbar en voz baja, un cochecito de muñecas a la pequeña Vera von Kamcke, y, para Navidad, la condesa huída y su niña perpetuamente hambrienta se sentaron por primera vez a la gran mesa del comedor de Ida Eckhoff.

En primavera, mientras las flores de los cerezos caían como la nieve, Karl tocaba el acordeón en su banco y Vera se sentaba ya con él.

Y el octubre siguiente, después de la cosecha de las manzanas, cuando Ida Eckhoff se jubiló, ya tenía una nuera a la que debía respetar, si bien no podía dejar de odiarla.

«Esta casa es mía y no lo es...»

La vieja inscripción valía para ambas. Las dos, que estaban hechas de la misma pasta, habían librado duras batallas en esa casona que Ida no quería entregar y de la que Hildegard no deseaba marcharse.

Los largos años de gritos, reniegos, portazos y estrépitos de jarrones de cristal y tazas de ribetes dorados se habían colado por entre las grietas de las paredes, se habían posado como el polvo sobre los tablones del suelo y en las vigas del

techo. Ya de adulta, Vera podía oírlos aún en las noches silenciosas y, cuando arreciaba el temporal, se preguntaba si de verdad era el viento lo que aullaba con tanta furia.

Tu casa ya no impresiona a nadie, Ida Eckhoff, pensaba.

Y frente a la ventana se erguía el tilo, que se sacudía la tormenta de las ramas.

2

La flauta mágica

Lo peor eran las jornadas de puertas abiertas de todos los semestres, cuando niños de entre tres y cinco años inundaban la gran sala de ensayos acompañados por sus padres y Bernd se ponía su camisa vaquera clara con aquel coiletero azul cielo a juego.

Bernd no era de los que gustan de dejar nada al azar, solo le gustaba parecerlo. Las gafas redondas, la barba crecida, el pelo entrecano recogido en una trenza: medidas estudiadas para generar confianza. La educación musical temprana era un negocio que requería de muchísima sensibilidad.

Cuando los padres del exclusivo barrio hamburgués de Ottensen se presentaban con sus hijos en las jornadas de puertas abiertas, no querían ver a un profesor de música con pajarita. Bernd les ofrecía un casi cincuentón creativo, entregado, dinámico, relajado..., pero profesional. Aquello no era ningún centro cívico.

La academia Musimaus defendía una visión exigente de la estimulación temprana, y Bernd, en su discurso de bienvenida, iba dejando caer con habilidad los conceptos clave oportunos. «Aproximación lúdica» era siempre el primero.

Anne estaba sentada en el gran círculo, sobre el suelo de madera de la sala de ensayos, con la boca sonriente y las cejas elevadas, la flauta travesera en el regazo. Era su octava jornada de puertas abiertas y cerró los ojos un instante cuando Bernd dijo «a conciencia»; ya solo faltaban «talento», «potencial» y «capacidades cognitivas».

La niña que estaba en el regazo de su madre al lado de Anne tenía tres años como mucho, mordisqueaba una tortita de arroz y tamborileaba aburrida con los pies. Se la quedó mirando un rato, luego se inclinó hacia ella e intentó alcanzar la flauta con sus manos pringosas. Su madre la contemplaba sonriendo.

—¿Quieres soplar un poquito, cielo?

Anne vio la húmeda boca infantil con restos de tortita pegados, aferró su instrumento con ambas manos y respiró hondo, pero sintió que un muro de ira empezaba a erigirse en su interior y que la invadían unas ganas enormes de res-tregarle a la niña por toda la cabeza su flauta travesera en do de plata maciza..., o quizá más aún, de atizarle con ella a la madre, que llevaba medias de rayas y un pañuelo floreado en el pelo, y que en ese momento arrugaba la frente, des-concertada porque a su pequeña de tres años llena de babas no le dejaban soplar en un instrumento profesional de seis mil euros.

Para el carro, pensó Anne, la niña no puede evitarlo.

Entonces oyó que Bernd llegaba al final de su discurso:

—¡... sencillamente la ALEGRÍA de la música!

La frase final de él, el pie para ella. Se levantó, intensificó su sonrisa escénica y se acercó a su jefe cruzando el círculo. Anne con la flauta mágica, Bernd con la guitarra, así lo hacían siempre: tres veces el motivo de Papageno a la flauta travesera y después una intro corta de guitarra.

—Y ahora todos los niños pueden escoger un triángulo o unas claves del centro, y los padres cantarán, que seguro que

conocen la canción, y todos juntos..., tres, cuatro: «Qué magnífico sonido, qué sonido tan hermoso...».

Mientras los niños aporreaban los instrumentos y los padres vociferaban con mayor o menor acierto, Anne iba bailando con su flauta por toda la sala de ensayos y Bernd marchaba tras ella cantando y sonriendo con la guitarra, y todo el rato conseguía inclinar la cabeza con entusiasmo hacia uno y otro lado. Estaba hecho un auténtico profesional.

Bernd coreografiaba las jornadas de puertas abiertas a la perfección, cosa que acababa saliendo a cuenta. Los cursos en Musimaus eran casi más codiciados por los padres de Otten- sen que una parcela de huerto con toma eléctrica en las afueras. Las listas de espera eran larguísimas.

Anne podía estar contenta de haber conseguido ese trabajo. Normalmente Bernd solo contrataba a profesores de música titulados o a exalumnos del Conservatorio Superior. Ella, estudiante de música que había dejado la carrera a medias, no habría tenido ninguna posibilidad, pero Bernd enseñada se dio cuenta de que, para empezar, Anne les daba cien vueltas a sus profesores de música con diploma y, además, encajaba muy bien en su «concepto global».

Lo cual quería decir que ofrecía una imagen bastante atractiva cuando se paseaba por la sala de ensayos con su flauta travesera y sus rizos oscuros, ataviada con un vestido «no demasiado largo», según establecía el código de indumentaria de Bernd para las jornadas de puertas abiertas.

«Siempre hay que recordar que son los papás quienes pagan las clases.» Pero el vestido tampoco podía ser demasiado corto: «¡No queremos que se nos mosqueen las mamás!».

Sonreía mucho y guiñaba un ojo cada vez que lo decía, pero Anne lo conocía desde hacía casi cinco años ya. Sus palabras iban muy en serio.

Ella detestaba la camisa vaquera azul claro y la trenza, y se detestaba también a sí misma cuando interpretaba el numerito

del flautista de Hamelín mientras los futuros alumnos de Musimaus torturaban sin compasión el instrumental Orff en la gran sala de ensayos.

Se sentía como una azafata de *Vacaciones en el mar* con la misión de servir la tarta helada con bengalitas en la cena del capitán.

Aunque al menos los pasajeros del crucero seguían el ritmo cuando daban palmas...

«¿De verdad lo necesitas, Anne?»

¿Por qué habría contestado al teléfono la noche anterior? Vio el número de su madre en la pantalla y, aun así, descolgó. Gran error, como siempre.

Primero Marlene había charlado un par de minutos con Leon, pero a él todavía no se le daba muy bien hablar por teléfono y solo asentía al auricular o negaba con la cabeza cuando su abuela le hacía alguna pregunta. Anne tuvo que poner el altavoz y traducir las respuestas mudas de su hijo.

—Bueno, ¿y qué quieres que te regale la abuela por Navidad, cielo?

Leon miró a Anne sin entender nada; en la escuela aún estaban confeccionando farolillos para la festividad de San Martín.

—Creo que Leon todavía tiene que pensárselo un poco, madre. —«Madre», y no «mamá», lo cual era importante para Marlene.

En cuanto Leon desapareció hacia su habitación, Anne desconectó el altavoz y se levantó del sofá. Todavía se ponía firme cuando hablaba con su madre. Al darse cuenta, volvió a sentarse.

—Anne, ¿cómo estás? No sé nada de ti.

—Todo va bien, madre. Estoy bien.

—Me alegro. —Marlene era una maestra de las pausas enfáticas—. Yo también estoy bien, por cierto.

—Ahora iba a preguntártelo. —Anne había vuelto a levantarse sin ser consciente de ello. Agarró un cojín del sofá, lo dejó caer al suelo y lo envió de una patada a la otra punta del salón.

—¿Y qué quiere decir eso de que todo va bien? —preguntó Marlene—. ¿Es que por fin has dejado esa academia de maltratar instrumentos?

Anne se hizo con el segundo cojín del sofá y lo lanzó contra la pared.

—No, madre, no quiere decir eso.

Cerró los ojos y contó hasta tres, despacio. Una breve pausa intencionada al otro extremo de la línea, luego una inspiración profunda seguida de una exhalación entrecortada por la boca y, después, casi en un susurro resignado:

—¿De verdad lo necesitas, Anne?

Debería haber colgado en ese momento, normalmente lo hacía en ese punto. Era evidente que ayer no había sido su día.

—¡Madre, vale ya con esa mierda!

—Pero, oye, ¿cómo me hablas de esa for...?

—No es problema mío que te avergüences de mi vida.

Marlene tardó un rato en recuperar el habla.

—Lo tenías todo, Anne.

Las demás niñas siempre se ponían muy nerviosas antes de salir a escena. Esperaban sentadas junto a sus profesores de piano, pálidas a causa del pánico, hasta que les llegaba el turno y subían los pocos escalones del escenario arrastrando los pies y con la cabeza gacha, directas al taburete del piano, donde echaban un momento la cabeza hacia atrás y... ¡adelante!

«Claro que a ti te resulta facilísimo, porque siempre ganas», le dijo un día sin ninguna envidia Cathrin, su mejor amiga, solo como constatación. El primer puesto de Anne en los certámenes de jóvenes talentos de *Jugend musiziert* era algo

casi rutinario. Competición local, competición del *Land*, competición federal; tenía que pillarle un día bastante malo para que acabara en segundo puesto, o en tercero alguna vez, y entonces se enfadaba tanto consigo misma que después se torturaba practicando más aún.

Los primeros tres años le dio clases la propia Marlene, que después siguió acompañándola a todos los concursos. Grandes copas de helado tras los conciertos y, a medida que se iba haciendo mayor, grandes tardes de compras, las dos agarradas del brazo y locas de alegría.

Todavía le dolía pensar en ello. En su padre, en su sonrisa, en sus manos sobre los hombros de la joven Anne cuando regresaba a casa con un primer premio. Unas manos grandes que seguían delatando al hijo de agricultor que era. «Manos de cultivador de patatas», como decía Marlene, y en los días buenos sonaba cariñoso. Como si para ella no supusiera ningún problema que su marido se hubiese labrado un camino desde lo más bajo, que fuese un joven de campo que se había sacudido de encima el olor a establo en aulas y bibliotecas, pero al que de vez en cuando todavía se le escapaban aquellas erres rudas al hablar, marcadas como las marcaban en bajo alemán. Marlene se estremecía cada vez que lo oía. «Igual que un campesino.»

A Anne le encantaba, porque en esos momentos el catedrático de física Enno Hove se mostraba cercano como pocas otras veces. Su «papá», y no su «padre».

«¡El talento lo ha sacado de mí!»

Marlene había renunciado a su carrera musical al quedarse embarazada con veintiún años. O esa era su visión de los hechos, en cualquier caso.

Tampoco es que hubiese significado un gran sacrificio, como le gustaba dejar siempre bien claro a la abuela Hildegard.

«Digamos que fue un “pequeño sacrificio”. Marlene y una carrera, ay, Dios mío...»

Pero Anne sí parecía tener madera, y ni siquiera Hildegard von Kamcke dudaba de ello. Bachillerato musical, naturalmente, sus primeros conciertos en escuelas y centros culturales y, luego, por su décimo cuarto cumpleaños, su propio piano de cola.

Un Bechstein que casi era demasiado grande para el salón, de segunda mano, y aun así sus padres habían tenido que pedir un crédito. De pie y agarrados del brazo escucharon los dos a Anne tocar por primera vez ese valiosísimo instrumento de un barniz negro tan serio y formal como una promesa.

Thomas, su hermano pequeño, tenía por aquel entonces siete años y acababa de empezar segundo curso con cuatro dientes que se le movían. Qué curioso que ella recordara aquel detalle.

Anne enseguida le había enseñado las primeras piezas al piano. En su regazo, con los deditos regordetes sobre las teclas, Thomas aprendió deprisa y no tardaron en tocar a cuatro manos.

Con ocho años, él ya la había alcanzado.

Con nueve, era el mejor.

Una audición en el conservatorio, un examinador al que le costaba no emocionarse. La madre felizmente entusiasmada, el padre casi cohibido de veneración. ¡Un niño prodigio!

El mundo entero se iluminó con el resplandor de aquel chiquillo.

«Lo tenías todo, Anne.»

Primero todo y luego nada de nada. Luces fuera. Eclipse solar total a los dieciséis. Nadie se fijaba en una niña con talento cuando un genio entraba en la sala.

Al acabar el número del flautista tuvo que correr para ir a buscar a Leon a la escuela, y de todas formas llegó tarde.

Entró con las mejillas encendidas en la sala común, donde su hijo jugaba en el rincón de Duplo, solo y vestido ya de calle, mientras la maestra barría debajo de la mesa del comedor y saludaba a Anne con un gesto de las cejas.

Ella, que se había acostumbrado a exclamar un «¡Hasta mañana!» hacia la sala en general en lugar de ofrecer una disculpa, agarró a Leon y lo sacó de allí tan deprisa como si fuera una bomba de relojería que pudiera estallar en cualquier momento.

Compró un panecillo para su hijo y un capuchino en vaso de cartón para ella, empujó el cochecito infantil en dirección a Fischerspark y ocupó su lugar en la caravana de preparadísimas madres de Ottensen que todos los días salían en tromba de sus pisos en edificios con solera para airear a su descendencia mientras iban metiendo las compras del súper ecológico en la red del cochecito más aclamado del mercado, con un vaso de café en la mano y, arropado en un saquito de lana virgen, un bebé que jugueteaba con algún alimento integral lleno de babas.

Como todo en la vida, también eso parecía haberle llegado a Anne sin planearlo: la maternidad en un barrio de moda de una gran ciudad.

Hacía una tarde fría y el cielo estaba de un gris piedra, así que no aguantarían mucho más en Fischerspark —al que todas las madres se referían como «Fischi»—, pero Leon necesitaba un poco de aire fresco después de haberse pasado toda la tarde en la escuela.

La clase de los Escarabajos no salía mucho al exterior, cosa que volvería a ser tema de discusión en la reunión de padres a la que ella no tenía intención de asistir.

Sacó a Leon del cochecito y le dio su excavadora de Plamobil, se sentó en un banco y miró cómo marchaba su hijo

hacia el arenero, donde un niño jugaba con un molde en forma de tortuga. El pequeño ya había producido una población impresionante de reptiles y parecía tener reservado el resto de la arena para hacer más tortugas aún.

Leon se quedó parado allí delante con su excavadora y puso cara de no atreverse a entrar. Anne miró hacia otro lado; lo mejor era no inmiscuirse.

Dos bancos más allá estaba sentada una mujer que animaba a su hija para que, travesaña a travesaña, subiera la escalera de un tobogán. Llevaba una parca con muchos cordeles y cremalleras, y zapatos Camper.

La mayoría de las madres del parque llevaban esos Camper y dejaban en la arena unas huellas alargadas con un enrevesado patrón de agujeritos cada vez que, cual bondadosos perros domésticos, salían a recoger los chupetes y los biberones que sus cachorros lanzaban desde los cochecitos.

Leon seguía de pie junto al arenero y ya había echado una pierna por encima del borde, pero no avanzaba más porque el niño de las tortugas defendía su territorio a voz en grito.

—¡No puedes entrar aquí! ¡Es solo para tortugas!

Leon se volvió un momento hacia su madre y, cuando ella asintió con la cabeza, metió también el segundo pie dentro y dejó su excavadora en la arena. El niño de las tortugas empezó a berrear y a intentar echarlo a empujones.

Anne vio que una embarazada se levantaba algo cansada de uno de los bancos y se dirigía al arenero con una sonrisa. La mujer se inclinó hacia Leon y ladeó un poco la cabeza.

—Oye, dime, ¿no podrías excavar en algún otro sitio? ¿Te parece bien? Verás, es que Alexander estaba aquí antes, y está haciendo unas tortugas muy bonitas.

Anne se levantó de un salto y fue para allá.

Se conocía lo bastante para saber que no ganaría en un enfrentamiento verbal con una supermadre de Ottensen, así que entró en el arenero con Leon sin decir palabra, pisó por

desgracia algunas tortugas, destrozó un par más al arrodillarse en la arena y le dio un beso a su hijo.

—Bueno, Leon, a excavar. ¿O empiezo yo? —E hizo como si quisiera quitarle la excavadora al niño.

Leon rio, se aferró a su juguete y se puso a cavar.

Anne se sentó a contemplarlo en el borde del arenero.

La madre del niño de las tortugas la fulminó con una mirada de desprecio. Su hijo, entretanto, estaba sonorizando el parque entero, por lo que Anne no pudo entender lo que le decía la mujer. Solo vio cómo se llevaba de la arena a su niño gritón, lo sentaba en el cochecito entre palabras de consuelo y desaparecía de allí.

Debían de haberles estropeado el día al pobre pequeño Alexander, a su mamá embarazada y seguro que también a la criatura que llevaba dentro de la barriga.

Anne solo esperaba no verlos aparecer en la siguiente jornada de puertas abiertas de Musimaus.